

Extenuación
por la
Implacable
Sosa.

Joaquín C. Plana

Volumen II

de

Cueva de Ilotas Exánimes.

© Joaquín César Plana Alcaraz. Textos y Pinturas.

La reproducción del texto de George C. de Lantenac se realiza con el expreso consentimiento del traductor de la obra *Ensayo sobre la Muerte de Jesús de Nazareth*, Albert Sans.

Europa llama Civilización a la Esclavitud porque está convencida de que la elección es posible.

George C. de Lantenac, *Ensayo sobre la muerte de Jesús de Nazareth.*



Imaginam
...

Imaginen ... hablar pero dictar. XVI.

Atardecer. Imaginen un vehículo, en movimiento. De una plaza saliendo y a otra llegando. En su interior, dos hombres. Uno de ellos - conductor -, impartiendo una no suficientemente agradecida clase de Administración de Empresas; a su lado, su empleado - largo el pelo, discretas las maneras -, memorizando palabras como si dictadas fueran:

- En realidad, una empresa es como un hijo ... De puertas para adentro, tendremos con nuestro hijo todos los problemas y las decepciones imaginables; de puertas para afuera, cuando nos pregunten, nuestro hijo es una bendición, un motivo de orgullo ...

El empleado recordaría la decidida expresión o rostro del empleador, iluminado como si cara al sol hablara.

Imaginen que tal empresa fuera un colegio. Llamado *privado*. Imaginen un hijo, clasificado en números rojos.

Imaginen ... conocer a Excelencia. XVII.

¿ Saben ? Le conocí. A Excelencia. *Le*, sí.

Ocurre que mi hábito lector de literatura en Griego Clásico me ha familiarizado con la representación: Guerra es un dios, Comedia es una musa. Se diría acaso que uno y otra comparten rasgos humanos ... con los más sencillos seres humanos.

Así, relataré que yo aún desconocía la apariencia humana de Excelencia cuando fui citado a su presencia. Una de la tarde. Pero Excelencia parecía haber olvidado la invitación.

Esperé, no obstante. Dos horas después, escuché su inequívoco paso en la escalera que hasta la estancia donde me encontraba conducía. Penetró en ella, mas no reparó inmediatamente en mí. Recuerdo su aspecto: apelmazados los cabellos, la corbata curvada, lamparones de aceite sobre la camisa, abierto el cierre del pantalón , ... Avanzaba hacia mí, aún sin descubrirme, mientras con la uña del dedo meñique de la mano derecha escarbaba entre los dientes en molesta busca de restos de comida que, después, con la lengua recogía y tragaba. Mecánicamente, como si de una costumbre se tratara.

Entonces me vio. Aparentando confusión por mi presencia, me saludó forzosamente y, tras un titubeo entre quejosos hipos de ternera estofada, recordó la cita. Es cierto que se disculpó. Adivinó y adivinó bien que yo no había probado todavía vianda digna de llamarse alimento y me ofreció una bebida con gas. Mas no sé recordar cuanto aconteciera después, transido de asombro ante la revelación: Excelencia, como Guerra, como Comedia, encarna forma humana y camina entre nosotros y nosotras.

Desde entonces, prócer, Excelencia ocupa una hornacina en mi panteón; ha encontrado y elegido a Desvergüenza como compañera. Observándolos, se diría descubrir la medida y el orden de Occidente.

Imaginen ... la humillación tramitada. XVIII.

Imaginen una empresa. Imaginen una reunión entre el director general y un cliente. Imaginen que el cliente hubiera traído a la reunión, impresos en papel, los resultados del negocio que uniera su camino y el de la empresa y que tales resultados no fueran satisfactorios. Imaginen ahora que la conversación fuera cada vez menos merecedora de tal nombre y que, tras interrupciones, gritos, llamadas a la calma y veladas ofensas varias, el cliente arrojara los folios que habría estado blandiendo como prueba en dirección al rostro del director general y que aquéllos los golpearan.

Imaginen que el director general creyera ser inadmisibile tal reacción y, acabado el encuentro, narrara lo acontecido al presidente de la compañía. Como consecuencia, a propuesta y consejo del director, el presidente concluiría ser inevitable dar por terminada la relación con el cliente, sin importar el perjuicio económico de tal decisión.

O no. Imaginen que, pese al violento gesto actuado por el cliente, director y presidente no pensarán en finalizar el vínculo cliente-empresa: la apuesta económica lo desaconseja. Además, la reputación de buen hacer de la compañía podría resentirse.

Imaginen a continuación que tal empresa fuera un colegio, *privado*. Imaginen que el cliente fuera la familia de un alumno y de una alumna, y que el padre hubiera hecho golpear los papeles que contuvieran las calificaciones de su hijo e hija contra el rostro del director o directora. Y que, sin dar cabida a la duda, director o directora y presidente, tras la reunión, hubieran decidido mantener las relaciones con tal familia.

La humillación es útilmente canalizada en aras de una finalidad esencial: el beneficio económico.

Imaginen ... las máscaras después de la infamia. XIX.

Les pido que, en primer lugar, se imaginen a ustedes mismas y a ustedes mismos en una situación cotidiana y siendo sorprendidas y sorprendidos por una irrupción o un acontecimiento impensados. Inauditos. Imaginen que sus reacciones fueran acaso las del pudor o la vergüenza.

Ahora, imaginen una empresa. En ella, una conversación durante la cual un responsable orgánico comentara que el único modo de hacer transigir a una trabajadora subordinada hubiera sido humillarla hasta hacerla llorar. Y que llorando hubiera dejado el despacho donde se produjera el encuentro.

Imaginen que, meses después, uno de los participantes en aquella conversación encontrara a aquella trabajadora y que, olvidado del hecho de haber sido ella la persona humillada en aquel relato, le comunicara su pesar ante algunos procedimientos persuasivos practicados en la compañía y los ejemplificara brevemente. Imaginen la expresión en el rostro de la trabajadora: confusión ante la irrupción no presentida en el ámbito privado. No obstante, la máscara aún se alteraría para también expresar traición.

Imaginen ahora que tal empresa fuera un colegio *privado*, que el humillador fuera un director pedagógico y la humillada una docente cabal.

Imaginen también una nueva máscara para poder regresar al centro *educativo* el día posterior.

Imaginen ... una advertencia canora. XX.

Imaginen una empresa y su edificio. En él, imaginen una conversación entre el empleador o presidente y un su empleado. Ahora imaginen que, con anterioridad, hubiera llegado a oídos del empleador el rumor de que las preferidas nociones políticas y sociales - acaso morales o estéticas - del empleado divergieran en paralelo de las suyas. Y que tal rumor pudiera afirmarse en certeza. Imaginen entonces que, primero y a propósito de un motivo musical, el empleador retóricamente preguntara:

- ¿ Sabes qué composición es incomparablemente bella ? Ese himno fascista italiano que dice ...

Y que después de ello entonara ese himno, letra en Italiano incluida.

Imaginen la sorpresa del empleado cuando, ya tarareando la pieza musical, sin despedirse y alejándose de él, el empleador le dejara allí donde le halló.

Imaginen la música y su palabra como herramientas educativas en tanto domesticación.

Imaginen ... conocer al enemigo. XXI.

Imaginen una empresa. En ella, y en uno de sus despachos, una reunión no programada. Quienes en la habitación se han encontrado comentan la llegada a la compañía de una nueva compañera, glosando las palabras del presidente, el cual ha loado, pública y privadamente, el currículum de aquélla.

Imaginen ahora que la rutina de las miradas cómplices fuera conmovida por unas palabras esperadas e inesperadas:

- Y si es tan buena, ¿ por qué trabaja aquí ?

Imaginen entonces expresada la hilaridad que lo esperado e inesperado predeterminaban: la carcajada. Una, plural. Pero una.

Imaginen que el presidente no desconociera este juicio y que no prescindiera del servicio de tal grupo de empleados.

Una empresa que un colegio *privado* podría ser. Un presidente que aún alberga a enemigos y enemigas bajo su techo para humillarles en la dependencia que de su salario tienen, dependencia que no pueden no conocer y sentir. Mas tal presidente se concebiría a sí mismo, y previamente, como (su) enemigo. Deuda en el haber de otro tiempo la precisión de infligir humillación.

Y, deambulando en la sombra, la clientela o los alumnos y las alumnas. Nunca razón, sólo justificación del dolor a cobrar.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

